

# **LO QUE LAS BOTAS NOS DEJARON**

## **MIEDOS EN EL URUGUAY POSDICTADURA**

JULIANA ACERENZA MORENI<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Docente en proyecto «Sentir, Mover, Pensar. Danza y Filosofía interactuando», seleccionado en Innovaciones educativas 2018, Consejo Sectorial de Enseñanza, Universidad de la República, Uruguay. Estudiante de la Licenciatura en Filosofía, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay. Estudiante de los profesorado de Filosofía y de Danza, Instituto de Profesores Artigas, Consejo de Formación en Educación. Profesora de Filosofía.

el invierno tenía ventanales  
pasillos grisísimos  
manchas blancas y movientes  
en el hospital grande  
como un barco en la niebla  
subíamos sigilosos  
sin zapatear  
sin ruido que horadara  
el vidrio frágil de las madrugadas  
evitando a los milicos  
trepados de los árboles  
en las orejas de los edificios  
en el fondo de los tachos de la basura  
hospitalaria  
entrábamos saliendo del aire náufrago de la  
noche  
llevábamos el corazón latiendo  
escrito en miles de volantes  
pequeños aviones parlantes  
declaraciones de guerra

contra tanta dictadura  
íbamos sonriendo  
con los dientes apretados  
mirando en redondo  
celebrando la lucha  
calibrando el peligro  
subíamos por las escaleras nocturnas [...] <sup>2</sup>  
y allá arriba vaciábamos el portafolios  
repleto de palabras voladoras  
escritas como sonrisas  
en un pequeño cuarto  
en una destartada imprenta casera  
«liberar a todos los presos políticos»  
volaban aleteando  
«abajo la dictadura»  
y en cada piso más abajo se posaban  
y a la mañana siguiente  
había bandadas de libertad  
de ya basta  
de aquí estamos [...].<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Barreto, C. (2003). *Bandada 1982*. Montevideo: Senda. En: Memoria de Semana 83. (2003). *Historias de la resistencia*. Montevideo: Senda.

Esta ponencia nace de la inquietud que siento ante el silencio que han tenido mis familiares y personas allegadas sobre los hechos que vivieron en la última dictadura de nuestro país. No fue hasta 2017 que, al cursar un seminario sobre la dictadura del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (CEIU-FHCE), se abrió una posibilidad para entender este silencio: la dictadura tiene efectos que vivimos en la época contemporánea y uno de ellos ha sido el miedo. Miedo que es hacia muchas cosas. Uno de ellos es el miedo a decir y hablar de lo ocurrido; es miedo a la memoria. Para elaborar esta hipótesis, que hay miedos que nos ha dejado la última dictadura cívico-militar, preciso concebir que esta no ha sido un simple hecho o acontecimiento político, un cúmulo de sucesos sino una situación que, al fin y al cabo, nos ha cambiado la vida a todas las personas que vivimos hoy en esta sociedad, aunque, obviamente, a algunas más que a otras. Algunas personas no la vivimos en el momento mismo en que ocurrió y no resistimos ni luchamos frente a ella, directamente. Pese a esto, entiendo que hoy vivimos nuestras relaciones humanas como habitantes de esta sociedad de un modo tal que no lo haríamos sin este pasado reciente. Todas las personas, por esta razón, tenemos un compromiso con nuestro pasado reciente y por la construcción de la memoria colectiva en torno a él.

Por eso, moverse hacia la investigación de los miedos contemporáneos que se relacionan con aquel que nos ha dejado la dictadura uruguaya es buscar, para mí, una explicación a tanto silencio. Desde niña se me prohibió hablar: «En la escuela no podés decir que caí preso». ¿Cómo llegamos a producirnos como subjetividades que prefieren callar lo ocurrido en la dictadura? ¿Y cómo nos producimos cuando no callamos, cuando resistimos y hablamos de lo ocurrido, tejiendo la memoria colectiva?

En mi familia no se sabe bien por qué terminó una persona presa política. Parece un hecho que no se quiso remover y del que no se habla, sino que hay una actitud de arrepentimiento, de que fue algo malo y que dejó una familia sin padre por varios años, lo cual siempre deja sus huellas. Parece que la responsabilidad cae en la persona que «hizo algo» para terminar en esa situación. ¿Cómo se instaura la sospecha de que «algo habrá/n hecho» para terminar presx/s? Mi hipótesis es que hay miedos que se transmiten en torno a hablar del tema, y también se ha transmitido la idea de una responsabilidad solamente individual en el asunto de que alguien termine preso/a. Además, sostengo que esa sospecha que se crea en torno a una responsabilidad meramente individual se mantiene hoy, con otros discursos y otros sujetos: en vez del/de la «subversivo/a»,

«terrorista», «sedicioso/a», hoy en la retórica política y mediática se incita a temerle al «delincuente», «ladrón». Esta sospecha de que «algo habrá hecho para terminar en la cárcel» se mantiene hoy con otros sujetos bajo la lupa y produce la ilusión de que es posible «vivir sin miedo» si encarcelamos a las personas entendidas como «peligrosas». La sospecha parece llevar rápidamente al pensamiento de que en virtud de lo que hizo una persona, ella merece una brutal represión. Por todo esto, el eje central de esta ponencia es el miedo y la pregunta que me motiva es ¿cómo se relaciona —o qué relaciones podemos trazar entre— el miedo como efecto del Terrorismo de Estado y los miedos contemporáneos, específicamente, el que suscita la campaña Vivir sin Miedo?

Asimismo, hay otras preguntas claves que guían la investigación, a pesar de no poder ser abarcadas enteramente, a saber: ¿cómo podemos entender el miedo como un *efecto* que nos ha dejado la dictadura? ¿Cómo ensayar un pensamiento teórico-práctico sobre el miedo político actual sin considerarlo un fenómeno nuevo y emergente sino como parte de un entramado de fuerzas que se sigue tejiendo generación tras generación y que proviene de efectos sociales casi invisibles que la dictadura todavía sigue teniendo en el Uruguay actual? Esta ponencia intenta dar respuesta a estas preguntas como un ejercicio del pensamiento sobre el presente de nuestra sociedad, e invita a las personas que la escuchen a debatir sobre este problema. Aquí definiendo que la dictadura cívico-militar uruguaya (1973-1985) tuvo efectos sociales y me enfocaré en uno: el miedo. Que el miedo político actual del Uruguay es uno de los posibles efectos sociales nocivos de su pasado dictatorial es la hipótesis que guía esta investigación. Para justificarla no alcanzarían elementos históricos por lo que se intenta esbozar hipotéticamente una explicación para cómo el miedo instaurado en los lazos sociales desde la dictadura ha venido sosteniéndose hasta la actualidad. Para abordar la hipótesis en esta primera instancia preliminar de la investigación, caracterizo muy brevemente lo que entiendo por dicha dictadura, en las dimensiones históricas que nos ayudan a comprender cómo esta puede causar «miedo». Esto significa que se da una caracterización de la dictadura como Terrorismo de Estado. Un análisis de la actualidad del miedo político en Uruguay y en las sociedades contemporáneas requiere de teorías y prácticas que nos permitan entenderlo. Por esto, explico, siguiendo a Lechner (1998), cuáles son los miedos que tenemos como efectos de las dictaduras latinoamericanas, —tomadas en general como un todo—. Asimismo, intento hilvanar el miedo que nos ha dejado la dictadura con la situación actual del Uruguay al respecto de la campaña Vivir sin Miedo. Sostengo que las

figuras del «delincuente» o el «subversivo» constituyen una creación de la retórica política usada justamente para fundamentar acciones represivas para combatir el clima de inseguridad y el miedo. A pesar de variar a lo largo de los años, el lugar que ocupaba el subversivo, ahora lo ocupa el delincuente; estas figuras se precisan en ciertos momentos, se crean en nuestra sociedad para poder sostener y canalizar discursos de odio y de discriminación. Culmino con una posible objeción a trabajar en un futuro de esta investigación.

Cuando digo que la dictadura nos ha dejado con «miedo», no decimos que el miedo es nuevo, sino diferente, es un miedo particular. Esta emoción se construye con dinámicas históricas que superan ampliamente el período posdictadura o de transición (1985-2005) y preceden a la dictadura uruguaya. El miedo implica un previo desmantelamiento de la sociabilidad y la solidaridad, y entonces, cierta sensación de soledad y la idea instalada de una sociedad compuesta por «individuos» que son como átomos aislados que eligen racionalmente sus acciones. El miedo hoy forma parte de una cultura, que es fomentada, mayoritariamente, por los medios de comunicación. La hipótesis de investigación elegida es compleja en tanto el miedo como emoción y como cultura que se incrementa es un efecto social que perdura por mucho tiempo pero no es visible. Sostengo que este miedo se fermenta en dictadura, aunque tiene antecedentes. Uno de ellos es la aplicación de medidas prontas de seguridad, el 13 de junio de 1968, bajo el gobierno de Jorge Pacheco Areco (1967-1972), junto con la intervención en la Enseñanza Secundaria. En este sentido, ya desde ese entonces se siente un clima de inseguridad por los conflictos sociales, lo que fundamenta la acción antsubversiva y la represión. De Torres Wilson enuncia al respecto lo siguiente: «El clima de inseguridad creado por los crecientes conflictos sociales y económicos y —muy particularmente— por el aumento de la acción subversiva, fue el ingrediente fundamental del que se nutrió el aumento de poder presidencial [...]» (1984: 70).

Este relato parece justificar la acción antsubversiva del expresidente —lo que acrecentaba su popularidad—, y más allá de si es o no justificable, nos da por entendido una situación: un clima subjetivo y generalizado de «inseguridad». Esta sensación es una de los elementos que conforman la emoción del miedo. La situación nacional era, a su vez, de crisis económica, social y política. Sin embargo, esta emoción no paralizaba las movilizaciones estudiantiles que reclamaban en las calles contra las medidas aplicadas, a pesar de la represión que desde entonces ejercía, con legitimidad política, el Estado uruguayo. La represión preventiva y la prisión

prolongada son características de la dictadura cívico-militar uruguaya (De Torres Wilson, 1984: 83), contándose aproximadamente unas seis mil personas encarceladas por «delitos» relativos a la actividad política; hubo 31 detenidos políticos por cada 100.000 habitantes, lo que ubica a Uruguay en el primer puesto en América Latina (Caetano, Rilla, 1995: 287). Toda esta represión estaba siendo justificada desde antes de la dictadura. Un discurso de Jorge Pacheco Areco en 1967 ilustra la situación previa al golpe de Estado, el desenlace final de la crisis:

Si una sociedad es amenazada, tiene el deber de responder a la fuerza con la fuerza. Mi Gobierno, como representante y defensor de la organización jurídica de la sociedad uruguaya, cumplirá con su deber de ejercer la autoridad con la dureza y energía que las circunstancias impongan para garantizar las libertades amenazadas (Caetano, Rilla, 1995: 244).

Es paradójico pensar que desde las máximas autoridades gubernamentales se incitaba a un clima de «seguridad», ya que ellos se iban a hacer cargo de todos los «subversivos» si bien, al mismo tiempo, establecían, ellos mismos, discursivamente y de hecho, un clima de terror. Hay un mensaje ambiguo: por un lado la sociedad está amenazada, por otro lado: ¡que no cunda el pánico! El gobierno se hará cargo. En realidad, entiendo que con este doble discurso de amenaza y seguridad se justifica y se consolida la necesidad de la acción antisubversiva. Hoy día la retórica es muy similar, si bien es al respecto de la seguridad ante otro enemigo: no es más el subversivo sino el delincuente. Estos discursos ambivalentes crean el clima deseado para el desenlace final de la crisis: el golpe de Estado en 1973; así como hoy también presentan una supuesta necesidad de combatir la delincuencia con militares en las calles.

Ahora bien, hay muchos antecedentes que fundan el clima del enemigo interno al que hay que combatir y temer. Sabemos que desde los años 50, EE. UU. aplica la Doctrina de la Seguridad Nacional para América Latina, lo que genera, entre otras cosas, la tendencia de que las Fuerzas Armadas (FF. AA.) se dediquen a conservar el «orden interno». En 1975 se funda el Plan Cóndor, apoyado por la CIA, EE. UU. y la doctrina de la contrainsurgencia francesa. El mensaje es claro: si te organizás políticamente en torno a acciones consideradas «subversivas», vas preso (o exiliado, si te dejan; o... desaparecés). El protagonismo de las FF. AA. en este mensaje de amenaza, e incitador de miedo, es primordial. En el camino democrático hacia el golpe de estado (Rico, 2005), en 1971, se comete al ejército la «lucha antisubversiva» y enfrentar a la guerrilla, surgiendo así las Fuerzas Conjuntas y el Estado Mayor Conjunto (Esmaco), que coordinaba

dichas operaciones. En 1972 se declara el «estado de guerra interna» (Cuadernos de Marcha, 1973, N.º 68: 1), momento en que las FF. AA. se dedican a derrotar al movimiento MLN-Tupamaro. Todo esto se concibe como algo necesario, dado el supuesto estado de situación de inseguridad. En este sentido, los militares atribuyen a los «subversivos» el clima del terror, lo que se constata en el discurso del Gral. Julio C. Rapela en el acto del 18 de mayo de 1978, Batalla de las Piedras y Día del Ejército:

El arma psicológica, económico-social y física de la subversión marxista es el terror empleado en forma sistemática. Secuestros, asesinatos, explosiones y sabotajes son parte de la diversa gama de violencia contra la vida y los bienes de las personas que conforman el terror físico. Las campañas masivas de difamación, calumnias y deformación y confusión cuyo propósito es la muerte civil, la liquidación moral, la prevención y aislamiento de las personas empeñadas en dar testimonio de la verdad y esclarecer la conciencia de sus compatriotas son las acciones criminales que abarcan el terror psicológico (Caetano, Rilla, 1987: 71).

De esta manera se instala el miedo como producto de la «teoría de los dos demonios», es decir, la creencia de que hay dos extremos en lucha (extrema derecha y extrema izquierda) y por ello es justificable la guerra interna y las acciones contra ella. Pero esta forma de presentar la «guerra interna» no es inofensiva, inocua, sino que trae consecuencias: la sociedad parece no tener nada que ver. Se responsabiliza a los que ejecutaron ciertas acciones «subversivas» o «autoritarias» pero no hay responsabilidad en el entramado social. ¿Qué tiene que ver el miedo con estos «extremistas»? Justamente, el miedo es la emoción que despierta el considerar que las acciones vienen de agentes «extremistas», que nada tienen que ver con uno mismo. El miedo en este caso, inhibe la acción e inhibe pensar en la responsabilidad de todas las personas ciudadanas. Son infinitas las marcas en la historia que pueden sustentar esta hipótesis de investigación; las elegidas pretenden ser significativas e ilustrativas pero me doy cuenta de que no son suficientes. Profundizar en todos los acontecimientos que tuvieron consonancia a nivel de medios de comunicación y retórica política que enaltecen el miedo y el discurso de la subversión como causantes del terror, analizar cómo cada acontecimiento fue transmitido, también puede ser una vía posible y muy interesante para ahondar en un futuro en esta hipótesis.

Para concluir con este marco histórico, basándonos en Lechner (1998), entiendo los últimos veinte años del siglo XX latinoamericano como etapa de modernización neoliberal. Esta está

caracterizada por una «profunda reorganización» de las estructuras económicas, las relaciones sociales, la política, los universos simbólicos y la vida cotidiana. Esto fue impulsado por el mercado y la globalización de flujos financieros e informáticos, cuyo impacto se constató en los balances de la CEPAL (1997), informando sobre un crecimiento económico sostenido en la región. En la dictadura uruguaya (1973-1985) es cuando comienza a instalarse la nueva ola de modernización neoliberal, que se desarrolla exponencialmente en las décadas siguientes, teniendo como figura principal de la economía nacional al Ing. Alejandro Végh Villegas. Asimismo, la reorganización económica en las últimas dos décadas del siglo XX sucede en compañía de un proceso de racionalización social. A partir de estos cambios estructurales se dan ciertos efectos sociales y culturales: la modernización, y con ella, el tan buscado «progreso» causa, asimismo, efectos nocivos; cierto «malestar social». Este se vislumbra en tanto consideramos las tensiones entre la ya mencionada modernización y las subjetividades (sus valores, creencias, disposiciones mentales y conocimientos prácticos, normas y pasiones). La modernización neoliberal de las últimas décadas del siglo XX tuvo efectos nocivos como la expresión de la inseguridad y de la incertidumbre que subyacen a las sociedades latinoamericanas. El análisis de uno de los posibles efectos sociales, el miedo, busca hacernos comprender el presente desde el pasado reciente de la región, en especial, el pasado reciente uruguayo. Adopto la clasificación de Lechner (1998) para hablar del miedo que nos ha dejado la dictadura: el miedo al Otro —visto como potencial agresor—, el miedo a la exclusión económica y social, y el miedo al sinsentido. Los miedos, como efectos particulares, se revelan, a su vez, como pasiones motivadoras de la acción humana y de la acción política, condicionando preferencias y conductas. El punto crucial de considerar el «miedo» como efecto social particular, producto de la dictadura y consolidado en la posdictadura es establecer la dimensión subjetiva de los efectos del Terrorismo de Estado en Uruguay. Por ello, el análisis de Lechner (1998) anteriormente sintetizado se torna relevante. A continuación, daremos la clasificación que este autor le da a los miedos.

Lechner (1998) habla de «los miedos de la gente», en los que la delincuencia figura como principal amenaza que inicia el sentimiento de inseguridad. Esta inseguridad es percibida con exageración en relación con la criminalidad existente, por lo que excede a un «problema policial». Es decir, hay una sensación muy grande de inseguridad en relación con los delitos efectivamente dados; el problema no es policial, no falta represión, ni control, ni vigilancia (si puede decirse alguna vez que esto falte, y no sobre). El problema es de autopercepción, o de

percepción intersubjetiva de la realidad. Este sentimiento de inseguridad es expresión de un miedo al Otro que se instala socialmente, y se concretiza en la metáfora del delincuente «omnipresente y omnipotente», que en cualquier momento puede atacar. Si bien, es un miedo generalizado: el miedo es a cualquier Otro. A lo largo de la historia de los miedos hay diferentes figuras humanas ejemplarizantes: el delincuente no está lejos del «extremista» o el «delator». El miedo al Otro, entonces, tiene arraigo en la dictadura si consideramos pasible de hacerse una analogía entre la figura del «extremista» con la figura del/de la «revolucionario/a», del/de la «radical», «ultra», etc.

La dictadura chilena, como la uruguaya, guardan experiencias traumáticas no cicatrizadas. Lechner (1998) establece que por ello es imposible vivir sin olvido. Por tanto, el trauma precisa ocultarse: tenemos miedo a la memoria. Igualmente, las expectativas o miradas al futuro están cargadas de ése pasado, con sus miedos y esperanzas, y es preciso, dice Lechner (1998), hacer memoria de él para luego construir futuro. Ya a finales del siglo XX, la generalización del miedo al Otro es evidente en una sociedad competitiva conformada —supuestamente— por egoístas racionales que, impulsados por un sistema globalizado, compiten por metas o fines que solo pueden ser ocupados por una persona. Además, la duda acerca de «lo propio», dentro de un contexto globalizado, y el miedo al «invasor» van en aumento. Por ello, el creciente miedo al Otro refleja nuestra desconfianza y agresividad para manejar conflictos sociales — institucionalizados en democracia bajo las formas de «tolerancia», «negociación», «diferencias de opinión»—. La competencia produce «ganadores» que no pueden ser vulnerables: la historia muestra la vulnerabilidad individual y colectiva que no quiere recordarse. Los miedos provocan rabia y odio, dañando la sociabilidad. Al profundizarse de este modo la vulnerabilidad, aparecen el sometimiento y la manipulación, instrumentalizando los temores para disciplinar y censurar. La sociedad del futuro, consecuentemente, debe ser segura, ya que es miedosa y ha constatado la fragilidad del orden social. Este imperativo de la seguridad para vivir muestra una exigencia social, basada en una percepción agrandada de la inseguridad, que alimenta por millones a muchas empresas dedicadas a la seguridad. Hoy en día esto se traduce en el deseo popular de que la policía cuide las calles y se profesionalice para atacar a los agresores. Incluso algunas personas piden que los militares vuelvan a las calles para garantizar la paz.

Pero «el miedo a los otros es tanto más fuerte cuanto más frágil es el nosotros», dice el Lechner (1998: 183). La identidad e integración colectiva brindada por los agentes socializadores

(familia, escuela, barrio, nación) se debilita, y los nuevos grupos sociales no conforman lazos de cohesión social. Podemos decir que la subjetividad se construye en contextos flexibles y móviles, sin normas y creencias estables. Este fenómeno constituye una crisis del individuo que trastoca modelos de socialización, roles y planes de vida. La falta de lazos a nivel de Estado-nación deja como único refugio de los individuos a la familia, encargada de imponer los valores necesarios para la cohesión social. Los cambios generados por esta crisis y fragilidad no detienen la vida social ni sus experiencias de cooperación, aunque su imagen sea la de una sociedad desconfiada. Todo esto implica, para Lechner (1998), la erosión del vínculo social, relacionado a una estrategia de modernización: incrementar la autonomía y la libre elección. En su faceta más perversa, a mi entender, hace de la soledad una característica importante del proceso de individuación. En este sentido adhiero con el autor en que «las políticas neoliberales no valoran las experiencias de la gente, [...] no fomentan la acción colectiva» (Lechner, 1998: 186).

El miedo al Otro trae consecuencias en los vínculos interpersonales, como es la desconfianza, que asimismo se manifiesta en la relación individuo-sistema funcional (salud, educación, etc.). Se plantean tres factores para entender este sentimiento: el *acceso desigual a los sistemas funcionales* —condicionados por el nivel socioeconómico—; la «excesiva monetarización de los problemas» —excluye los valores no traducibles en precios y se despreocupa por las demandas simbólicas de reconocimiento—; y los «nuevos tipos de amenazas» generadas por el nuevo estilo de vida —enfermedades mentales y nerviosas, por ejemplo— (Lechner, 1998: 187-188). La lógica del mercado succiona aquellos problemas sociales traducibles en dinero, en ganancias, pero no considera los costos y las responsabilidades sociales. Se impone un modelo de desarrollo basado en el crecimiento económico que no atiende los problemas que ocasiona, resultando en «una mezcla de desvalidez y rabia, de rebeldía y desconexión» (Lechner, 1998: 188). El miedo a la exclusión se vive en el ámbito económico, como se dijo, y en el subjetivo, en tanto la desconexión con el entorno se transforma en estrategia de sobrevivencia. Los miedos, anhelos, motivaciones y afectos se viven subjetivamente como irrelevantes para las lógicas funcionales de los sistemas, entonces los individuos se perciben como «simples agentes de un engranaje abstracto» (Lechner, 1998: 189). Las lógicas abstractas de los sistemas cada vez más autónomos tienden a eliminar la vida concreta y la creación de nuevas formas de entenderla. Es esto mismo, en mi opinión, el primordial contrincante del miedo: la creación de nuevas formas de entender la sociedad, lo social, lo colectivo. Este miedo a la exclusión, dice el autor, puede verse falsamente

como «resultado de una modernización insuficiente». Esta interpretación entiende que las expectativas de un sistema funcional y la satisfacción que provoca en la subjetividad dicho sistema son parte del mismo ámbito. Aquí se nota que el autor confía en el «desarrollo humano» como expectativa no satisfecha sino a satisfacer. Mientras la comunidad se deshace en la globalización, queda pendiente otra forma de integración social para la cual no se imagina otro responsable que el Estado, al que se sigue invocando y exigiendo. Para crear un nuevo orden se tiene que dar un «sentido de orden» que construya a partir de un «espíritu de las leyes», motivador y orientador de la nueva institución.

Una de las funciones del Estado, cuya cohesión se erosiona, es generar un «sentido común», que al desvanecerse ocasiona un último modo del miedo, que Lechner (1998) denomina miedo al sinsentido. Tiene sus orígenes en experiencias nuevas de la modernización —estrés, drogas, contaminación, tráfico, agresividad, aceleración del ritmo de vida— que crean la sensación del caos. Los cambios no se detienen y no se logran procesar, lo que trae dificultades para la inteligibilidad de lo real, que ya está fuera de control. «¿Cuál es, en medio del torbellino, el sentido de la vida?» (Lechner, 1998: 192). Este sinsentido se deriva enteramente de los otros dos miedos, debido a que se produce un sinsentido en tanto hay un desarraigo con la comunidad y un atomismo del individuo. El progreso de la ciencia ya no puede saldar el caudal de las incertidumbres; él mismo las fabrica. Este miedo se refuerza en la medida en que «las convenciones sociales se flexibilizan, los argumentos se trivializan y la realidad misma se “virtualiza”» (Lechner, 1998: 193). Para llenar el lugar del sentido vacío, se instala el conformismo. Sin embargo, la tolerancia a la incertidumbre creciente requiere de la vinculación intersubjetiva, desarrollándose nuevas redes de confianza y cooperación, se establecen nuevos marcos de certezas. El sinsentido exige un futuro, este último es el único horizonte de sentido viable.

Hasta ahora, analizamos cómo se desarrollaba la política que inculcaba un panorama social de terror, es decir, como se instala el Terrorismo de Estado en Uruguay y cómo los miedos se instalan como consecuencia de este pasado reciente traumático. Podemos establecer las causas políticas, algunas causas económicas, otras causas sociales, para la emoción del «miedo». Las «causas» son las que establecen los «efectos», según la lógica causa-efecto —no siempre efectiva pero útil en términos explicativos—. El miedo parece ser, por lo dicho anteriormente, una emoción multicausal, que tiene varias causas posibles.

Un testimonio de un tal «Vasco» nos deja entrever las causas subjetivas del miedo, cuando un grupo de militantes en el año 81 se juntan con una tal «Milagros» que ya había estado presa política. Varios de ellos deciden dejar de juntarse con ella: tenían miedo de ir a la cárcel por juntarse con «Milagros». Este miedo trae como consecuencia que muchos, con culpa y cabizbajos, se retiren de la reunión con «Milagros». El testimonio concluye:

... Pero durante bastante tiempo me duró ese sabor amargo de lo que puede hacer el miedo. Ese poder omnímodo del temor que nos obligaba a autocensurarnos, a no poder estar con quien quisiésemos, solo por el simple hecho de que estar, podía tener consecuencias indeseables. No solo nos limitaba el miedo a las consecuencias lógicas de nuestros hechos, sino también a las consecuencias imaginadas, siempre mucho más tremendas que las reales [...] (Memoria Semana 83, 2003: 96).

A mi parecer, es notorio que detrás de esta emoción de «miedo», hay un pensamiento: «algo habrá hecho mal “Milagros” para ir presa». El pensamiento de «algo habrá hecho» es uno de los que encuentro más presentes hoy en día a la hora de legitimar y ser cómplices de represiones, hostigamientos, y otros accionares de los agentes que velan por la «seguridad ciudadana».

A pesar de este panorama donde parecería que el miedo inmoviliza, Lechner plantea que «nuestros miedos pueden llegar a ser productivos, si contribuyen a traducir las carencias en tareas» (1998: 194); él exige la utilidad de los miedos como resultados y puntos de partida de la nueva reestructuración social. La construcción de futuro exige recuperar el pasado a través de la memoria colectiva, aunque la conflictividad parece ser enemiga de este nuevo futuro. A mi parecer, es necesario reconstruir esta memoria colectiva y subjetiva, a través de la reconstrucción emocional de los hechos. Asimismo, el presente es un estado de cosas que debe tornarse inteligible para la construcción de sentido del futuro: «Hay futuro [...] cuando hay alternativas» (Lechner, 1998: 196). La alternativa futura se construye como promesa: identifica «lo posible» y reflexiona sobre lo socialmente deseable. El optimismo del autor para la construcción de futuro con base en la aceptación y manejo de los miedos supera niveles posibles, a mi entender. Se pueden reconstruir historias personales pero ¿manejar miedos? Hay marcas que quedan siempre y forman parte de una dimensión colectiva y subjetiva que tenemos bien escondida... La atomización de los individuos y la desconfianza instalada hacia las instituciones y herramientas de cooperación social, en mi opinión, dejarán su huella por generaciones. Sobre todo, lo que supone uno de los más grandes retos es recuperar la motivación para la acción política

comprometida y sin temor, puesto que los mecanismos actuales de control se encrudecen. La construcción de futuro requiere memoria y para que el proceso del recuerdo sea un proceso de aprendizaje, requiere mecanismos colectivos de reparación del dolor. El principal contrincante a la construcción de futuro es el miedo a la memoria. Hay que buscar alternativas cooperativas para enfrentar colectivamente el miedo al recuerdo, entendido como miedo al saber histórico y al mismo tiempo, entendiendo la urgente necesidad de saber hasta los últimos detalles. El miedo tiene un contrincante en la dimensión en la cual esta emoción afecta el plano de la imaginación: si tengo miedo, mis capacidades de imaginar una alternativa, una sociedad mejor, disminuyen, ya que tengo que dedicarme a resguardar mi «seguridad» individual. Concluyentemente, para el autor, el miedo hoy tiene como consecuencia la limitación en el imaginario colectivo para pensarnos viviendo de otra manera alterna al sistema capitalista neoliberal globalizado, cisheteropatriarcal, racista y capacitista.

Los propios mecanismos de hostigamiento, tortura, persecución, malos tratos, vigilancia, prisión, desaparición, son mecanismos de la cultura del miedo para que les temamos a las fuerzas conjuntas del Estado, al aparato represivo. Para que veamos cuál es su fuerza y nos quede claro que nos pueden matar.

El hecho de no hablar del tema del encarcelamiento en la dictadura entre las familias uruguayas también forma parte de esa cultura del miedo. Nos deja a los, las y les hijes de presxs políticxs sin herramientas para pensar el pasado y solo con la impresión de que fue terrible y no hay que hacer nada para terminar igual. El miedo a la repetición es algo visible.

El problema de la emoción del miedo no es solamente que nos silencie o no colabore a la memoria colectiva, sino que nos subsume en una preocupación muy grande por nosotros/as mismos/as, despreocupándonos por los demás. La filósofa contemporánea Nussbaum (2014) enmarca las amenazas que puede producir el miedo en las sociedades contemporáneas, y sostiene que las fuerzas hostiles del miedo, la envidia y la vergüenza estrechan la compasión que puede sentir una persona por otra. Además, esta estrechez se intensifica con el miedo que provoca el cuerpo y genera el asco. Por esto, precisamos estrategias para paliar los daños públicos que pueda provocar el miedo, incluso en democracias estables. Nussbaum (2014), enuncia que esta emoción, hasta en los casos en que es fiable, adecuada o razonable, tiende a centrarse en un círculo de interés y preocupación estrecho, por tener una intensa atención hacia la persona que

siente miedo. Esto deriva del origen biológico de esta emoción,<sup>3</sup> que resulta en un pensamiento enfocado en la persona misma que la experimenta o su círculo inmediato de intereses. Entonces, el miedo que vivimos hoy nos hace preocuparnos solo por nosotros/as mismos/as, por nuestra seguridad personal y la de nuestro círculo cercano de interés. Para que esta emoción sea parte de la retórica política y para que la campaña Vivir sin Miedo tenga apoyo en Uruguay, el miedo debe anclarse y tener un sostén social, puesto que ningún líder político ni ningún proyecto político se sostienen sin personas que sienten este miedo que, en el caso del Uruguay actual, es hacia las personas que cometen delitos. La retórica política de esta campaña visualiza un enemigo (grupo social) a reprimir y no permitir que viva en sociedad por el mayor tiempo posible al mismo tiempo que exagera el aspecto animal de ese grupo social de personas que en su mayoría están en situación de vulnerabilidad afectiva, social y económica. Con todo esto, produce un estigma a las personas en situación de pobreza e incluso fragmenta a la sociedad uruguaya aun más en grupos sociales en conflicto (atribuyéndole a cada uno características aparentemente opuestas). Esta estrategia en la retórica política es, como se advirtió, muy similar a la que se usaba en la dictadura y antes para instalar la idea de que a causa de lo que hacen los subversivos, hay que usar los aparatos represivos del Estado.

Para finalizar, es preciso decir que si bien esta ponencia representa una primera parte de esta investigación, hay una objeción interesante en la que profundizar a futuro. A partir de Rilla (en Marchesi y otros, 2004) se puede pensar la objeción que acusar a la dictadura de los males sociales es reduccionista. Rilla toma recaudo de lo que denomina *transferencia*: «La tentación de poner en la dictadura, “allá”, todos nuestros males posteriores». ¿En qué sentido el miedo es un mal por lo ocurrido en dictadura?, ¿y en qué sentido no lo es?, son dos preguntas que quedan pendientes en esta ponencia.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, J.; Larrobla, C. (2009). *Entre el miedo y la resistencia. Dictadura y control social*. Investigación presentada en las XII Jornadas Interescuelas-Universidad Nacional de Comahue. Argentina.
- Caetano, G.; Rilla, J. (1987a). *Breve historia de la dictadura (1973-1985)*. Montevideo: CLAEH-EBO.

---

<sup>3</sup> Posición fundada en «lo biológico», «natural» que es, por su parte, cuestionable —aunque no viene al caso—.

- Caetano, G.; Rilla, J. (1987b). *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al Mercosur*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Cuadernos de Marcha. (1973). *7 días que conmovieron a Uruguay*. Marzo, N.º 68. Montevideo: Marcha.
- De Torres Wilson, J. (1984). *Brevísima historia del Uruguay (1516-1984)*. 1984. Montevideo: De la planta.
- Lechner, N. *Nuestros miedos*. (1998). Conferencia en la Asamblea General de Flacso. Ciudad de México.
- Marchesi, A.; Markarian, V.; Rico, A.; Yaffé, J. (coord.). (2004). *El Presente de la Dictadura*. Montevideo: Trilce.
- Memoria de semana 83. (2003). *Historias de la resistencia*. Montevideo: Senda.
- Rico, A. (2005). *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura Uruguay (1985-2005)*. Montevideo: Trilce.